

La ciudad de los perros



En la parroquia Conocoto hay una larga calle que la conecta con el sur de Quito; una calle habitada por perros con collar y sin él; perros que caminan lentamente y descansan echados en el pavimento. Muchas veces he pasado por ahí, los miro pensativo y me miran serenos. ¿Por qué se quedan todo el día ahí? ¿Alguien les dará comida en secreto? Veo un perro negro que sale de una pequeña casa. ¿Cuál será su nombre? ¿Sus dueños sabrán que escapa cada día? "Tiene cara de Rex", pienso y lo veo alejarse hacia un grupo que descansa frente al desfiladero.

¿Cómo soportarán el frío de las noches? Algunos deben volver a sus casas, a sus cómodas camas y abrigadas cobijas, donde los esperará un plato de sopa y algunas caricias. ¿Y los demás? Me entristece pensar que harán cuando llueva. Siempre inmóviles. ¿Algún perro de casa los acogerá hasta que escampe? También cuando el sol es intenso y el pavimento quema, ¿cómo se refrescan? Nunca los he visto sacar la lengua buscando un sorbo de aire.

Regreso cinco días después, en horas de la noche y por la misma calle. Los perros siguen ahí. Cruza un perro cojo que camina dando pequeños saltos. Tiene collar, pero no un dueño que se preocupe por él. Más abajo está el grupo del otro día. Un labrador con porte elegante está en el medio y, junto a él, un perro sin raza que lo mira con desprecio o envidia, quién sabe.

Me pregunto si todos los perros tienen historias tan interesantes como las que les invento en mi cabeza. ¿Vivirán tanto drama y suspenso como nosotros? Son un mundo tan desconocido, aunque este tan cerca. Tal vez los perros tienen una vida tan intensa, como la que nosotros creemos tener.

Autor: Esteban Álvarez Robalino

Categoría: abierta

Puesto: Tercer lugar

35